

Sobre la invención de América

Ma. Rosa Palazón / 1º de Filosofía. Facultad de Filosofía y Letras *

1

La cultura latinoamericana en general y la mexicana en particular han sido puestas de relieve en los últimos años. No es sino hasta el presente siglo cuando surge un verdadero movimiento de reivindicación que tiene a la vanguardia figuras de primer orden. Cualquier persona de nivel cultural medio recuerda el nombre de los investigadores que han fincado sus miras en el significado de los movimientos culturales que se han sucedido y que se suceden en México. S. Ramos, O. Paz, L. Villoro, L. Zea, A. Villegas y Edmundo O'Gorman son algunas de las figuras relevantes que desentrañan la esencia y consistencia "de lo americano o de lo mexicano" con el interés primordial de hacernos conscientes del acervo de costumbres e ideas, de los pro y contra que se hallan en forma explícita o implícita en nuestro haber.

Edmundo O'Gorman es una de las personas que encabezan la lista. Su obra *La invención de América* entraña una visión totalmente nueva de lo que se ha llamado el "descubrimiento del Nuevo Mundo". Analizar este libro es la tarea que me propuse y ha de ser un menester que debe acatar cualquier hombre interesado en el sentido profundo de nuestra historia.

La imagen tripartita: El método que he seguido es: exposición sucinta de las tesis históricas primordiales de O'Gorman, y un comentario personal. La exposición la considero importante dado que es la manera de que el lector tenga una idea, lo más clara posible, del contenido conceptual que encierra la obra de tan prominente historiador. La noción de Ecumene griega (parte habitable de la tierra) fue adaptada, como otras tantas, al cristianismo. La Ecumene, una, se escindía en tres: Europa, Asia y África, organización cualitativa, cerrada y jerárquica, fijada exactamente en este orden para denotar la primacía de Europa, y establecida en grados determinados por el avance cultural. La división tripartita del globo terráqueo, dice O'Gorman, se vigorizó al encontrar el soporte en las interpretaciones alegóricas de algunos pasajes del Evangelio, la dilucidación histórica de la repartición de la tierra entre los hijos de Noé, la procedencia de los tres reyes magos y el misterio de la Santísima Trinidad. El número tres era cabalístico, la perfección mística del tres fue esclarecida por San Isidoro de Sevilla en el *Libro de los números*, donde afirma que es el modelo perfecto de los números, dado que constando de tres partes es uno a la vez. El mundo, a un tiempo, es reflejo y afirmación geográfica de los dogmas preconizados por el credo en vigencia. La imagen tripartita del universo se había encumbrado, pues, a una concepción místico-religiosa invulnerable al tener la sanción religiosa de la vinculación simbólica de las tierras emergidas con la doctrina cristiana. Era una representación mental acabada, con organización interna, armonía y congruencia totales, que no admitía variantes. El hallazgo del "descubrimiento de América" no podía destruir la "verdad geográfica" que era, a fin de cuentas, ratificación objetiva del dogma religioso de la trinidad. La única solución posible, para las mentes fijadas en una representación místico-geográfica, fue investir a esta parte del orbe con las cualidades de un ser predeterminado, constituido, inalterablemente: el asiático.

El mismo Cristóbal Colón, pensando haber arribado al lejano oriente, no dudó que hallaría una respuesta satisfactoria para los incrédulos. Había llegado a una isla del Archipiélago adyacente a la costa continental, isla a la que ve-

* Seminario dirigido por el profesor Abelardo Villegas.

nían los vasallos del Gran Can, emperador de China, para reclutar esclavos, vecina a la célebre Cipango, al gran Can o cualquier vestigio que demostrara su victoria, no conmovieron en nada la fe de haber topado con una región asiática. Siempre se movió con la esperanza de encontrar las pruebas objetivas "al doblar el próximo cabo". Todos eran supuestos, no descansaban en ninguna experiencia empírica, antes al contrario, la realidad se adaptaba a las tesis apriorísticas y no éstas a aquélla. Eran hipótesis inmutables a los hechos de la experiencia, verdades indiscutibles y necesarias que condicionaban la percepción de la realidad. No admitían evidencias en contra, se autosustentaban eludiendo la experiencia. Las cosas encontradas tenían un sentido previo, dependían de esto y no de su esencia y consistencia verídica. Las tesis geocéntricas se amoldaban a los exacerbados criterios religiosos en boga. Dentro de ese cuadro de significación prefijado no tiene cabida América: no existía. La historia de este continente empieza en un vacío, en un no ser propio y en un ser ajeno: el "indio", el asiático.

El ser prefijado: De primera importancia es la representación imaginaria que se tenía de oriente, en la que se amalgamaban las conjeturas clásicas y medievales. Las maravillas relatadas por Marco Polo, y las del falso viajero Sir John Mandeville, encarnaron en esta región del globo. Colón supuso que la templanza y "la blancura" de los habitantes de la Isla Española se debían a que era el Paraíso Terrenal, de donde salían los cuatro ríos de la tierra, Paria, nombre que le dieron los indígenas a dicha isla, estaba ubicada en el fin de oriente. En el "oriente" —América— se localizaban las tierras de Gog y Magog, los tesoros de Salomón, el sepulcro de Tomás apóstol, el asiento y corte del Gran Can, etcétera. El natural de América tenía una personalidad configurada por el europeo, independientemente de que coincidiera o no con la realidad palpable. Así pues, de la interpretación geográfica se infiere la histórica. De la misma manera que se creyó a pie juntillas en la división tripartita, se otorgó un ser prefabricado al aborígen americano.

Otro mundo: La actitud de la Corona, aun suponiendo la falacia de ciertas tesis colombinas, estaba normada por el interés de asegurar de hecho y de derecho los beneficios que le reportaría la posesión de estos territorios. No obstante, llegó el momento en que los datos empíricos hicieron insostenibles las descabidas hipótesis de Colón; en ese instante se supuso que se trataba de uno de los mundos alojados en la tierra.

Sin embargo, esta visión geográfica no pudo satisfacer las exigencias empíricas, las nuevas teorías aportadas por Américo Vespucio confirmaban que América era el cuarto continente. Se había trascendido la idea de que las aguas del océano eran los límites naturales de la Ecumene: se destruía a sí misma con la evidencia de que la Ecumene abarca la totalidad del orbe.

Se asimiló, como queda dicho, el continente descubierto a los tres originales. En esta nueva imagen, América aparece como algo ya constituido; sin embargo, se plantea el problema de resolver el porqué de su aislamiento del devenir histórico universal. América se presta como algo ignoto, parte extraña de Europa. Se admitió que se trataba de un "ente geográfico"; pero, al fin y al cabo, un nuevo ente al que es indispensable otorgarle sentido dentro del marco histórico vigente.

Ahora bien, si la cuarta parte del mundo ha permanecido apartada del resto del orbe por designio divino "tiene el sentido de su falta de sentido".¹ Es una parte abierta a la posibilidad de adquirir un significado que le corresponderá y, por ende, carente de actual significado. Esta especial manera de concebir a América es la base, la raíz primera de la expresión *Nuevo Mundo*: tierra de futuro, que adolece de pasado, paraje del porvenir histórico, frente a Europa representante de la historia en acto y no en potencia.

Europeocentrismo: Desde el ángulo de su naturaleza, creación divina, hay una igualdad esencial entre Europa y América, pese a ciertas "deformidades" y "extrañezas desconcertantes". Mas otra cosa es la perspectiva histórica. De la antigua distinción entre griegos y bárbaros nace la concepción de la supremacía de Europa (los europeos son los nuevos griegos en tanto que los americanos son los bárbaros). La figuración tripartita redujo su alcance al viejo mundo. Si el tres se considera un elemento de una serie numérica, acepta un número infinito de adiciones. Esta subsistencia mágico-religiosa es la base del

europocentrismo cultural. A esto añádase el criterio de que si bien la Ecu-
mene se halla en el mundo entero, la cultura occidental, la privilegiada, con
el descubrimiento de América se concibe como señora, dueña indiscutible del
universo y se nutre de la evidente preponderancia de sus logros culturales.

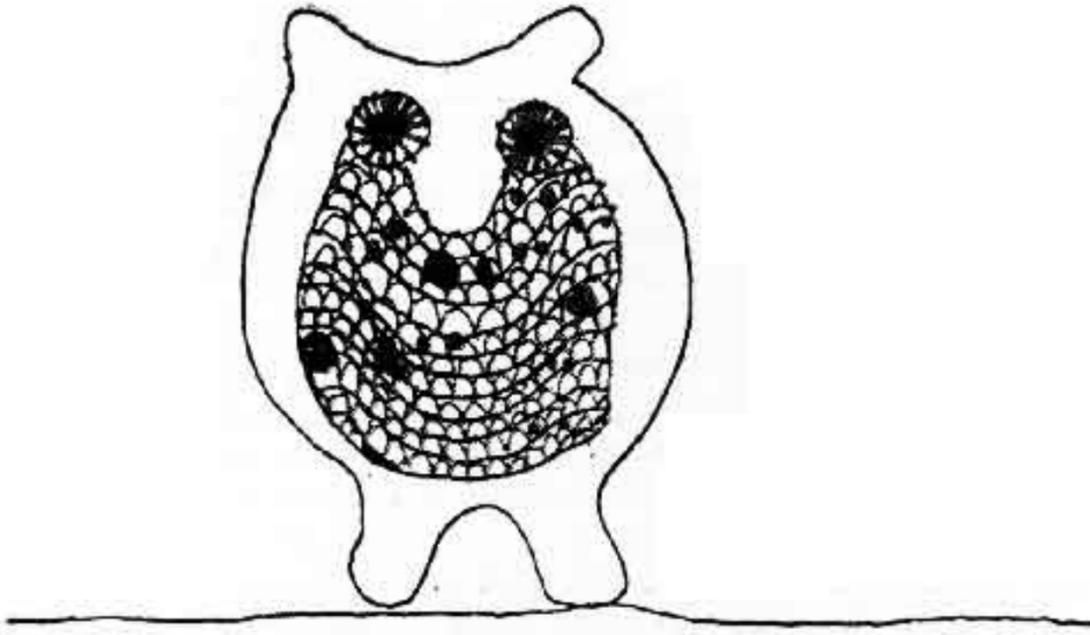
La historia se concibe como una escala que va de menos a más. En la cú-
spide se encumbra el occidente, y las gradaciones intermedias tienen significado só-
lo en relación con la meta, a la que se ha de aspirar como la "sede" en la que
está el ser totalmente realizado. El occidente, que ocupa este peldaño, es la
aralaya que da pauta a la historia universal. España, miembro de la cultura
occidental, tiene la conciencia y convicción de ocupar el sitio privilegiado y
pretende convertir los valores de su civilización en patrones para juzgar las
culturas, del presente y pretérito. Ella será la dadora del ser a todas las cultu-
ras. La preeminencia de Europa, en general, y de España, en particular, fue
indiscutible. O'Gorman ilustra sus afirmaciones con los dibujos que aparecie-
ron en los atlas del siglo xvi: "Vestida de traje talar y luciendo los símbolos
de la realeza, del predominio, de la religión, de las artes y de la industria,
Europa aparece representada como la reina del mundo que recibe el homenaje
de Asia, África y América. El cuadro representa bien el concepto: Asia y África,
en ese orden, son estadios inferiores del ser histórico. La primera, muestra la
opulencia de su exotismo, su riqueza lujuriosa y su gran antigüedad como cuna
del hombre y escenario de la historia sagrada; la segunda, exhibe su destino
servil originado en la maldición de Noé; y América, identificada por algún
signo de la barbarie o por el cuerno de la abundancia cuyos productos pone al
pie del trono de la soberana, no muestra sino su desnudez que indica su ser
natural, vacío de toda significación, una muda promesa, una mera posibilidad
en el orden de la cultura." ² El ser preestablecido que le dio Colón a los abo-
rígines, ahora, a sabiendas de que las tierras descubiertas no son Asia, se tras-
muta en un no ser absoluto, en un proyecto, un futuro y un no ser presente.
El americano es un ente cuya razón de ser reside en otro: Europa, en cuanto
que este continente posee la cultura que simboliza el estadio más alto de la es-
cala histórico-cultural, la culminación del deber ser. América fue inventada a
imagen y semejanza de Europa. Tal es la premisa subyacente a esta dación del
ser. América sólo será cuando sea el perfecto émulo de occidente: la Nueva
Europa.

Obsérvese que si decimos que algo es semejante a otra cosa, implícitamente
afirmamos que son dos cosas distintas. Por ello, América es y no es a un tiempo
Europa; ésta es la "clave de su destino", de ese sentir íntimo de dependencia.
Mientras más se actualiza en su aspiración de ser Europa, más aniquila su pro-
pia personalidad, se destruye en otro. Ésta es la motivación de los debates entre
indigenistas y europeizantes, cuyas disputas obedecen a un intento de expli-
carse a sí mismos.

Fijando las miras en la tesis fundamental, vemos que si el ser americano ca-
rece de estructura, de sentido y pasado histórico, y su superación radica en la
actualización dentro del mundo occidental, es factible añadir que el aborígen
americano es capaz de superar los defectos distintivos de Europa, es un ser que
no está maleado, se halla en "estado puro". América se convierte, entonces en
la tierra de promesas, de liberación, la Nueva Jerusalén, la Nueva Europa, el
lugar ideal para ensayar las nuevas utopías (la de fray Vasco de Quiroga sirva
de ejemplo). O'Gorman cita, a manera de prueba, los escritos de Fernán-
dez de Oviedo, quien concibió la aparición de América como un don de la Pro-
videncia para hacer factible la realización del destino ecuménico del pueblo
español, y el pensamiento de Marx, que ve en el descubrimiento de América
la oportunidad de la burguesía naciente para abolir la organización del feuda-
lismo y preparar el advenimiento del proletariado.

Las utopías eran, en definitiva, proyectos; en el momento del descubrimiento
del cuarto continente, el ser americano carecía de significación propia dentro
de su ámbito. Hasta sus más asiduos defensores veían la oportunidad del indio
para incorporarse, y destruirse, en el cristianismo.

Contradicción del ser europeo: Hay una contradicción en la visión que tuvo
de sí el europeo, dado que el ser modelo de la historia implica *particularizar*
su cultura; en tanto que es una destrucción de esta particularidad el ser patrón
de una historia *universal*. En la misma medida que América se destruye a sí



misma en Europa, la individualidad europea se aniquiló al desbordarse en su deseo de universalidad. Es una contradicción interna insuperable.

O'Gorman concluye que entre los conceptos "descubrimiento" e "invención" hay una oposición diametral. Descubrimiento significa la aparición de un ser, el encuentro de algo ya constituido, mientras que invención es la dación de ser a algo que no lo tiene. Afirmar que América fue descubierta no es un juicio apto para explicar el fenómeno de la concepción del ser americano como ente del porvenir.

En la invención de América se ve la universalización de la cultura occidental como unificadora de los pueblos. Tendencia que ha de seguirse como tarea propia y no como producto de un imperialismo.

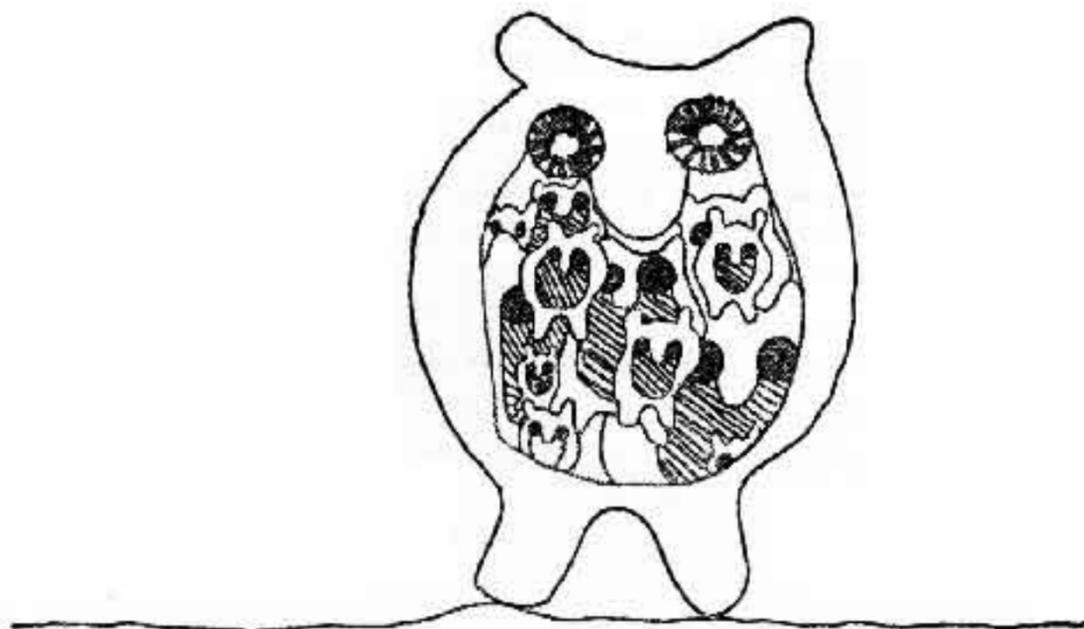
¿Qué es América?: Cuando se plantea la cuestión ¿qué es América?, habremos de responder que *"es la instancia que hizo posible, en el seno de la Cultura de Occidente, la extensión de la imagen del mundo a toda la tierra y la del concepto de historia universal a toda la humanidad"*.³

II

Haciendo un recuento de las palabras de O'Gorman recordamos la imagen tripartita de la Ecumene. Esta escisión entraña un profundo criterio religioso. El europeo y muy especialmente el español veían —durante la Edad Media hasta épocas avanzadas— cualquier manifestación fuera geográfica, histórica o de cualquier índole, como prueba divina que ratificaba su creencia religiosa.

No hay nada de extraño, pues, en que se asentaran en el convencimiento de que existían tres continentes a semejanza del dogma de la trinidad. Bajo la misma pauta ideológica estuvo el pensamiento de que cada victoria obtenida por un hispanocristiano era una confirmación del apoyo divino tributado a los poseedores de la verdad (Fernández de Oviedo aseveró que el apóstol Santiago fue un aliado de los españoles contra los indígenas mexicanos). Movidos por un convencimiento difícilmente quebrantable, los españoles bludieron la fe como arma distintiva de su supremacía humano-cultural. Ellos, poseedores de la santa verdad, tenían asignada la misión de difundirla a la Ecumene: todo pagano debía estar bajo la férula de los que tenían el menester de encaminarlo por los derroteros del cristianismo.

El hispanocentrismo se funda, en último término, en la convicción de que existía un pacto entre el pueblo español y Cristo: si reducía al infiel al catolicismo, recibiría en pago la solvencia económica que tanto le urgía a una nación que había tenido como constante la guerra; primero contra los árabes, más tarde contra los señores feudales y, finalmente, contra todos los países que se oponían a su expansión. El "descubrimiento" propició que el español viera al Continente Americano como el instrumento que Dios ponía en su camino para sufragar sus apuros financieros. Existió, como queda apuntado, *una relación estrecha entre enfoque económico y la imagen tripartita de la Ecumene*. Esta idea, si bien modificada por Vespucio, no desapareció totalmente en el virreinato. Estos apuntes de la relación económico-religiosa pudieran inferirse del libro de O'Gorman, aunque es difícil encontrarlos sin una previa aclaración.



En la época del "descubrimiento" existió un europeocentrismo y, por ende, un hispanocentrismo económico-religioso; pero, a un tiempo, hubo un gran hastío por todo lo conocido. Uno de los filósofos que trata este punto es Leopoldo Zea, quien en *La conciencia del hombre en la filosofía*, ha coincidido con O'Gorman en aquello de que América fue la tierra abierta a las utopías. Zea aclara que en la transición de la Edad Media a la Edad Moderna, el europeo sintió la necesidad apremiante de olvidar su pasado, y con él, las violencias que venían sucediéndose vertiginosamente. Este plan no podía ser realizado en Europa. América se trasmutó, por ende, en símbolo del mundo anhelado, en un "Nuevo Mundo" abierto a todas las tendencias ideológicas. Fue la condición de posibilidad —empleando un término de O'Gorman— de un ideal que aspiraba, antes que nada, a reestructurar las fallas de la cultura occidental.

Si América no se hubiese encontrado, las utopías se habrían centrado en cualquier parte del orbe. Desde hacía largo tiempo estaba en vigencia la ilusión de un mundo opuesto al europeo. Ya Marco Polo, asegura Zea, fue un buscador de costumbres disímiles, de una tierra que representara el reverso de occidente. Colón simplemente prosiguió esta gesta. Por ello, contra lo apuntado por O'Gorman, es presumible que la dotación de ser y reducción al no ser y ser se inició *antes* de la destrucción de la imagen tripartita.

Asimismo creo, con Américo Castro, que en la invención de la personalidad del habitante de las nuevas tierras jugaron un papel preponderante las concepciones caballerescas. Recuérdense las palabras de Bernal Díaz al narrar cómo observando las villas y poblados sobre el agua pensaron encontrarse frente a las "cosas encantadas" que se exponen en el libro del Amadís.

Esta dación de ser al aborígen americano incluye o, más bien dicho, es una forma de cosificación. Esto es, una reducción del hombre a cosa de acuerdo con las necesidades del que cosifica. El indio fue un ser positivo o negativo según las conveniencias del conquistador o del descubridor. Los textos de fray Tomás de Ortiz o de fray Bartolomé de las Casas son ejemplos ilustrativos.

Si no hacemos caso omiso de los testimonios que han llegado a nosotros, es innegable la cosificación o la dotación de ser al indio. Sin embargo, éste ya tenía un *ser profundo* en el momento en que fue dotado de otro. Ahora bien, existe un grado de posibilidad muy elevado de que en la etapa de la conquista la manera de ser de los pobladores de Latinoamérica fuera modificada por esta constante conformación ajena de su personalidad. La síntesis de su ser con el ser otorgado se fraguó lentamente, pero, en mi opinión, quedó profundamente arraigada, y quizá éste sea el origen de nuestro actual sentimiento de dependencia respecto a Europa o de la cultura que ocupa el peldaño más alto de que habló O'Gorman en *La invención de América*.

¹ O'Gorman, Edmundo, *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*. (Sección Obras de Historia.) Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 83.

² O'Gorman, *op. cit.*, pp. 87-88.

³ O'Gorman, *op. cit.*, p. 99.